

UNA NOCHE EN LORETO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL MENCHACA

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANCISCO G. GUIDI

SE ESTRENÓ EN EL TEATRO APOLO DE «LA PLATA»
EL 16 DE DICIEMBRE DE 1885



BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de **STILLER & LAASS**

CALLE SAN MARTIN, NÚMERO 160

1886

UNA NOCHE EN LORETO

JUQUETE CÓMICO-LÍRICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL MENCHACA

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANCISCO G. GUIDI

SE ESTRENÓ EN EL TEATRO APOLO DE «LA PLATA»
EL 16 DE DICIEMBRE DE 1885



BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de STILLER & MASS

CALLE SAN MARTIN, NÚMERO 160

1886

AL EXIMIO ARTISTA CÓMICO

RICARDO ZAMACOIS

DEDICA ESTA OBRITA

EL AUTOR.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ADELA, hermana de.....	Sra. ECHEVERRIA DE ROMERO.
TERESITA, solterona de 40 años....	» RIOS DE VALLARINC.
FERMINA, hija de.....	Sta. ELISA BARDO.
NICOSTRATA, mujer de.....	Sra. MUSSO DE REIG.
D. HERMÓGENES SACARONCHAS	Sr. ALBA.
D. RUPERTO RONQUERA.....	» RICARDO ZAMACOIS.
ALFREDO.....	» ROMERO.
BELTRAN.....	» E. REIG.
UN DIPUTADO.....	» R. REIG.
JOHN.....	» VALLARINO.
D. PEDRO, mayoral de la mensageria y marido de.....	» RODRIGUEZ.
VENTURA, posadera, madre de.....	Sta. LEOCADIA ALBA.
PEPITA.....	» ENRIQUETA ALVAREZ.
UN MUCHACHO.....	N. N.

VECINOS DE AMBOS SEXOS

UNA NOCHE EN LORETO

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

La escena pasa en medio del campo, como á una legua del pueblo de Loreto (Provincia de Santiago.)— Vegetacion pobre, grupos de raquíticas palmeras. Deben verse las tortuosas huellas del camino. - Es de tarde.

ESCENA PRIMERA

D. RUPERTO, ALFREDO, JOHN, EL DIPUTADO (con el diploma en la mano), BELTRAN, ADELA y TERESITA.

BELTRAN.—(Dentro) Hip! hip! hipp! (Haciendo sonar el látigo.) Hip! hip! hipp!

D. RUPERTO.—(Entrando con los demás viajeros que rodean á Beltran.) Ya puedes hipar hasta que te dé hipo: esos matungos no pueden con la osamenta.

ALFREDO.—Esta es la vigésima estacada!

(John, sin entrar al grupo, observa tranquilamente el campo y hace anotaciones en su cartera.)

DIP.—Ya no hay paciencia.

BELTRAN.—Señores ¿qué quieren ustedes que haga? Ya saben que este no es mi oficio.

ADELA.—¡Qué contrariedad!

RUPERTO.—Divertido y pintoresco es el viaje que venimos haciendo!

BELTRAN.—Yo mas que nadie deseo llegar pronto á Loreto ; pero los caminos están malos y traemos una carga bestial... _

ALFREDO. }
ADELA. } Gracias, muchas gracias!

TERESITA.—¡Qué galante!

(Don Ruperto le amenaza un revés).

BELTRAN.—No hago alusion personal, señores.

RUPERTO.—Pues no faltaba mas, sino que.... vaya, vaya!

DIP.—¡Cómo están todos los servicios públicos! Es un desquicio.... no veo el momento de presentar mi diploma al Congreso: jamás se ha elegido un diputado con mas acierto.

JOHN.—(Viniendo al grupo.) Vamos compañeras: no haber tanto motiva de enojamiento.

RUPERTO.—Esto es demasiado...

ALFREDO.—Es robarnos el dinero.

JOHN.—Ciertamente marchamos como la cangreja, pero todo se compensar en la vida, y pasar una noche así en el campo, con tan buena compañía, ser muy agradable y original.

RUPERTO.—Qué gustos tienen estos ingleses!..

TERESITA.—¡Pasar aquí toda la noche! A mí se me eriza todo el sistema, solo de pensarlo.

JOHN.—Ohoo! Será muy lindo, muy *prieto*.

RUPERTO.—Sí, tan *prieto* que no veremos ni lo que se hable.
(Aparte) Mejor que mejor, reinará el tacto, el primero de los sentidos.

ADELA.—Vamos á pasar una noche toledana.

RUPERTO.—(Aparte) Y qué hombre de tacto soy yo!

TERESITA.—¡Ay! Este cierzo inclemente ajará mi delicado cutis...

RUPERTO.—(Aparte) Le llama cutis al pergamino: si le achacará tambien al cierzo las patas de gallo.

TERESITA.—¡No habrá indios por aquí que nos lleven cautivas?

BELTRAN.—Lo que hay son mosquitos...

RUPERTO.—No veo mas indios que los ojos de ustedes ni mas cautivo que yo.

TERESITA.—Qué gatatumboso es usted.

RUPERTO.—Gata qué....?

TERESITA.—Que es Vd. muy zalamero.

ALFREDO.—Pero aquí no hemos de pasar la noche, señores!

RUPERTO.—Y si no hay otro remedio la pasaremos, con tanto buen humor como apetito. Mister John nos distraerá con la historia de sus viajes.

JOHN.—Ohoo! (Inclinándose).

RUPERTO.—Y yo trataré de divertirlos con mis anécdotas y chascarrillos, y como buen aficionado á la música, les cantaré, entre otras cosas, mi aria favorita, que comienza.... probaré si estoy en voz.... (Entona un aire cualquiera).

ALFREDO.—Dejemos la música para mas tarde, y busquemos un medio de llegar á Loreto.

ADELA. }
TERESITA. } Sí, sí!

DIP.—Esa mocion debemos resolverla sobre tablas.

ALFREDO.—¿No podrán encontrarse algunos caballos por estos alrededores?

BELTRAN.—Talvez, y con un par de refresco estamos salvados: Loreto dista de aquí apenas una legua. (Aparte). Y yo, aunque sea á patita me largo, que allá me espera mi adorada.

RUPERTO.—Pues al grano, al grano: los mas jóvenes pónganse en movimiento.

JOHN.—Mi tener una idea. (Abre su maleta y saca un antejo de larga vista.)

TODOS.—Bravo, señor John! bravo!

DIP.—Magnífica idea.

JOHN.—Voy subirme sobre la galera...

RUPERTO.—Se le va á abollar, amigo...

JOHN.—Sobre la carromata, para observar mejor.

TERESITA.—(A John.) Es usted un hombre práctico.

ADELA.—(A John.) En usted confiamos.

RUPERTO.—Buen ojo, Sr. John.

JOHN.—(Yéndose.) Oh! Mi tener ojo... inglés.

Se van con John, Adela, Alfredo y el Diputado. Teresita los acompaña hasta el fondo de la escena, mira un momento lo que hacen y se vuelve.

ESCENA II

RUPERTO y en seguida TERESITA.

RUPERTO.—En todo el viaje he venido enamorando á la jamona y el resultado ha sido el de siempre. ¿Quién resiste á un conquistador de mis fuerzas, de mis atractivos y de mi tacto?... Y ella que ya desespera de encontrar su mitad... (mitad inverosímil, porque es imposible que la tenga esa dueña bigotuda) no me deja un momento; tiembla de que se le escape esta presita... Ya viene, ya viene.

TERESITA.—(Llegando.) Ay! D. Ruperto, no sé que va á ser de mí, si tenemos que pasar la noche en este páramo desierto, con tanto frio.

RUPERTO.—¿Quién siente frio, adorable Teresita, estando enamorado, cerca de usted, bajo el rayo abrasador de su mirada?

TERESITA.—(Con coqueteria.) D. Ruperto!

RUPERTO.—El amor dá fuego al alma, Teresita, y las almas volcánicas como la suya son caloríferos... ay! qué caloríferos!
(Aparte) Hacen sudar.

TERESITA.—(Aparte) Está pelele por mí.

RUPERTO.—Sus encantos, *tierno* serafín, me han trastornado el magin y si no me amas con amor sin fin, me va á dar un horroroso *esplin* (Cayendo de rodillas). (Aparte) Catachin!

TERESITA.—Ay! (Suspira) No puedo creer....

RUPERTO.—(Aparte) Ya la píldora se traga.

TERESITA.—Levante usted.

RUPERTO.—Calme mi ansiedad, déme pronto el dulce sí....

TERESITA.—¡Ay! yo me mareo, no sé lo que me dá....

RUPERTO.—(Levantándose) (Aparte) Si soy irresistible, soy el microbio del amor. (Alto) Adorada Teresita....

TERESITA.—¡Ruperto mio! (Se miran un momento con pasión.)

RUPERTO.—¡Angel mio!

TERESITA.—¿No me engañas?

RUPERTO.—Engañarte, á tí, á tí, recóndito ídolo de mis entre-
telas (Aparte) y entregéneros.

TERESITA.—Son tan falsas á tu edad las pasiones....

RUPERTO.—Son lo mismo que á la tuya.... ardorosas, pro-
fundas....

TERESITA.—¿Me amas?

RUPERTO.—Con delirio. En llegando á Buenos Aires nos casa-
mos.... (Aparte) De las mechas.

TERESITA.—¡Qué felicidad!

RUPERTO.—Sellemos nuestro amor con un ardiente beso.

(Se contemplan un momento con éxtasis y van á echarse en brazos uno del otro, cuando sienten ruido).

JOHN.—(Desde bastidores) Caballos! Caballos! (Algazara dentro.)

TERESITA.—¡Ay! Alguien viene. (Se va corriendo por la izquierda.)

RUPERTO.—Ja! ja! ja!; Qué perversos somos los hombres! La infeliz jamona se cree ya en la última jornada de su inter-
minable viaje á ese encantado país del matrimonio—pesa-
dilla de todas las mujeres.

ESCENA III

DICHO y el DIPUTADO

DIPUTADO.—Al fin parece que podremos continuar este dichoso viaje. Mister John, con su antejo ha divisado unos caballos y han ido á buscarlos.

RUPERTO.—Bravo!

DIP.—Estas detenciones me ponen de un humor de todos los diablos; no podré llegar á tiempo á la solemne apertura del Congreso.

RUPERTO.—Amigo mio, usted como representante del pueblo, debe proponer medidas á la Legislatura Nacional para evitar que en el porvenir sucedan estas cosas.

DIP.—(Con gravedad) Ya lo he pensado. Uno de mis primeros proyectos será sobre caminos carreteros en toda la República: abarcaré la viabilidad en sus diversas faces!

RUPERTO.—Apoyado, apoyado!

DIP.—Pero ahora, lo importante es llegar á Loreto. El estómago me está echando unas peroraciones que ni Demóstenes.

RUPERTO.—Loreto, Loreto.... ese nombre me trae á la memoria un dulce recuerdo de mi juventud.

DIP.—Dichoso el que tiene cosas buenas que recordar.

RUPERTO.—Sí, amigo mío, sí; yo he sido y soy todavía, un pajaraco de cuenta—con las mujeres se entiende. He hecho mas conquistas.... y todo lo debo á mi tacto.... tengo un tacto.... Fué precisamente en este mes de Mayo, y hará unos 19 años, que pasé por este pueblito de Loreto, que era un lugarejo miserable. (Cuadrándose). Mi barco tenía entonces otra arboladura.

DIP.—Hoy mismo, si suelta Vd. todo el velámen, ha de cortar las aguas con brio.

RUPERTO.—Ya lo creo.

DIP.—(Aparte). Pagado es el vejete.

RUPERTO.—Y qué aventurilla tuve mas deliciosa! En estos sencillos villorrios, deslumbramos los que venimos de las grandes ciudades. Era una muchacha encantadora, con una cara lindísima; qué ojos! qué boca! qué cintura! Nada he olvidado de ella, ni siquiera el nombre que suena como una desafinacion de clarinete: se llamaba Nicostrata.

DIP.—¿Y no ha vuelto á verla?

RUPERTO.—Nunca: desde entonces faltó del país. He andado siempre viajando.... Qué espléndidas mujeres hay en ese viejo mundo!... En esa Italia, en esa Andalucía ¡ay! Le aseguro que tengo mas historias.... Ni me acordaba ya de la pobre Nicostrata.

DIP.—(Con infusas). Si no fuera yo todo un padre de la patria, le tendria envidia, porque es usted lo que se llama un hombre afortunado: rico, libre, sin obligaciones...

RUPERTO.—Poco á poco, amigo mio; tambien yo tengo mi punto negro: (suspirando) tengo una cara mitad.... digo cara, porque cada tres meses le pasó una bonita suma.

DIP.—Ah! ¿con que es usted casado?

RUPERTO.—*Era*. Ahora no soy ni soltero, ni casado, ni viudo, y soy las tres cosas á la vez. Hace unos 22 años que me separé de mi espeluznante Mónica Milsuegos, mujer de un génio recalcitrante, insufrible y de unos nervios, ¡qué nervios, amigo....!

DIP.—¿Pero como pudo usted caer....?

RUPERTO.—¿Qué quiere usted? Mi tacto no estaba entonces adiestrado. Era un muchacho incauto y con tamaña boca me tragué el anzuelo matrimonial, que con tanta maña saben

ocultar las mujeres en los dorados sebos del noviazgo, en que todas son amabilidades, condescendencias y dulces promesas.

DIP.—Contra el arte femenino no hay tacto que valga.

RUPERTO.—En cuanto el cura echa el nudo á la coyunda, sacan las uñas; pero la revancha que yo he tomado de los dos años que viví con Mónica, ha sido espléndida, esplendísimas. Cuantas calaveradas!.. Tengo una pupila, amigo mio.

DIP.—Hombre, me la presentará usted.

RUPERTO.—¿A quién?

DIP.—A su pupila.

RUPERTO.—Si le estoy hablando de la niña de mis ojos.

DIP.—¿Y eso qué? ¿Acaso no soy yo bastante digno?...

RUPERTO.—Qué dignidad ni qué entendederas, hombre. Me refiero á la magia fascinadora de mi mirada...

DIP.—Acabáramos.

RUPERTO.—Hola, hola. (Señalando á la izquierda.) Mire usted quienes vienen allí; parece que se entienden...

DIP.—Seguramente no dictaminan en disidencia.

RUPERTO.—El muchacho no pierde el tiempo; me gusta porque no anda con rodeos.—Dejémosles el campo libre: esta es cuestion de tacto. (Se van.)

ESCENA IV

ADELA y ALFREDO.—(Entran hablando.)

ALFREDO.—Ya sabes, Adela, que yo jamás habria contraido tal compromiso si la hubiera conocido á usted antes.

ADELA.—No insista usted, Alfredo. ¿A qué dar pábulo á un sentimiento que ha de labrar nuestra infelicidad? Usted no puede ya faltar á su palabra empeñada.

ALFREDO.—Cumplirla en la situación en que me encuentro, sería un verdadero crimen, Adela. Si yo solicité la mano de Fermina, fué únicamente porque así creía pagar una deuda de gratitud á sus padres que tan buena y generosamente cuidaron mi niñez; pero ¿cómo he de tener valor de unirme para siempre, por vínculos que solo debe atar el amor, con quien me inspira apenas un cariño de hermano, y cuando en usted está concentrado mi pensamiento, mi ser, mi vida entera?

ADELA.—Sería indigno de un carácter noble y levantado, como el suyo, engañar así á una pobre jóven. Usted se deja arrastrar por el entusiasmo de la juventud, por algo que no es quizá mas que una alucinacion de los sentidos, un devaneo efímero... (Aparte) Voluntad, no me abandones!

ALFREDO.—Nada, nada puede germinar en mi alma, Adela, sino la vivifica el dulce fuego de sus ojos.

ESCENA V.

DICHOS, RUPERTO, TERESITA, el DIPUTADO, JOHN y BELTRAN

JOHN.—Oho! Si mi no tener antejo, quedar aquí toda la noche.

ALFREDO.—(Aparte) (Rápido á Adela). Yo romperé mi boda con Fermina.

ADELA.—(Aparte) ¡Ah! ¿Por qué le he conocido!

BELTRAN.—Si hoy comemos y dormimos en Loreto, al señor John lo deberemos.

DIP.—(A John) La verdad es que tiene usted un ojo de privilegio. ¿Quién habria descubierto esos caballos detrás de aquel grupo de palmeras?

Don Ruperto saca un papel y un lápiz del bolsillo y se pone en actitud de quien escribe versos, contando las sílabas con los dedos.

JOHN.—Tambien tener que agradecer á Beltran que traerlos aquí, montando en pelos como una verdadera gaucho.

BELTRAN.—Bien, señores; no hay tiempo que perder: á Loreto, á Loreto!

TERESITA.—(Con zalamería) ¿Qué está usted haciendo, Rupertito?

RUPERTO.—No me interrumpas, pimpollo.

DIP.—A usted esperamos.

RUPERTO.—Ya está: atiendan ustedes. Yá saben que todos tenemos algo de músicos, locos y poetas... Es una seguidilla... á mí me gustan mucho las seguidillas. (A Teresita) Soy muy seguidor!...

(Leyendo) Todo marcha en la vida
como este viaje;
nunca falta un escollo
que el paso ataje:
¿qué hacer? Paciencia;
los tropiezos son gajes
de la existencia.

JOHN.—Ser usted una poetastra!

TÓDOS.—¡A Loreto, á Loreto! (Se van todos haciendo algazara).

SEGUNDO CUADRO

Plaza del pueblo de Loreto. A la izquierda, la posada con un farol de aceite á la puerta; á la derecha, la casa de Don Hermógenes: un banco al lado de la puerta. Anochece.

ESCENA VI

DON HERMÓGENES, FERMINA, NICOSTRATA (en un grupo). VENTURA, PEPITA y PEDRO (en otro grupo). Vecinos y pordioseros que esperan la mensajería.

HERMÓGENES.—Ya me impaciento de tanto esperar. Por cien mil Bacantes! Que les haya sucedido alguna desgracia!

NICOSTRATA.—Alguna desgracia.....!

FERMINA.—(Aparte) Cómo tarda mi Beltran!... Y vienen juntos!...
y él nada sabe! (Se queda pensativa.)

PEDRO.—(A Ventura) Estoy temiendo que Beltran haya hecho
una barbaridad..... y la culpa sería mía que consentí...

VENTURA.—Demasiado ha hecho el pobre, que tanto nos quiere,
reemplazándote esta vez.

PEPITA.—Era un capricho que tenía hace tiempo.

HERMÓG.—(A Fermína) Vamos, á un lado tristezas, niña: ahora no
mas lo tendremos aquí.

NICOST.—Sí, hija mía, lo tendremos aquí.

HERMÓG.—Cómo son estas muchachas cuando están enamoradas!
Las devora la impaciencia..... y yo (dando un pisoton) no
puedo ver los genios impacientes!

NICOST.—Miren quien habla.

FERMINA.—Pero tatita, si yo....

HERMÓG.—Ya estás pensando que tu Alfredito no va á llegar,
que se lo habrá comido la tierra.

NICOST.—Comido la tierra.

FERMINA.—(Aparte) No sé cómo salir de esta situación.... y yo que
no he comunicado á Beltran las pretensiones de Alfredo,
porque las creía irrealizables.

HERMÓG.—Qué estás murmurando, muchacha? No seas tontuela,
no te aflijas: si ha de llegar ahorita.

NICOST.—Ha de llegar ahorita.

En ese momento se oye la corneta de la mensajería y el chasquido de
látigo. Escena de movimiento. La alegría se pinta en todos los rostros
Los pordioseros y muchachos gritan: La dili! la dili! y se avalanzan á
los viajeros que descienden.

PEDRO.—Yá están aquí (sale por la derecha.)

HERMÓG.—Al fin llegan: por las cien mil...

VENTURA.—Voy á prepararlo todo: ven á ayudarme, Pepita. (Entra
en la posada.)

PEPITA.—Déjame, mamá...

FERMINA.—(Aparte) No quiero verlo. (Entra en su casa.)

HERMÓG.—(Por Fermina.) Pobrecita, está emocionada.

NICOST.—Está emocionada.

ESCENA VII

DICHOS, ADELA, TERESITA, RUPERTO, el DIPUTADO y ALFREDO.

(Entran dando limosnas á los muchachos)

PORDIOSEROS.—Una limosna por amor de Dios.

RUPERTO.—Pidan por amor al hombre, déjenlo en paz á tata
Dios.

DIP.—(Que no ha dado limosna) (Con arrogancia.)

Abur, á mascar maíz,
sucia escoria del progreso:
en cuanto ingrese al Congreso
cortaré este mal de raíz!

(Se van los limosneros.)

RUPERTO.—¿Tambien es usted poeta?

DIP.—El hambre me hace improvisar.

HERMÓG.—¿Dónde estás, dónde estás, Alfredito?

NICOST.—¡Alfredito!

ALFREDO.—D. Hermógenes, (abrazándole) D^a. Nicóstrata (idem.)

ADELA.—(Aparte) Estos deben ser los padres de Fermina, y ella
¿será bonita?

Don Hermógenes, Nicóstrata y Alfredo forman un grupo en segundo término. Los viajeros en primero y observan todo con la curiosidad de recién llegados.

TERESITA.—(A Ruperto y al Diputado.) Cuánta miseria hay en estas aldeas.

DIPUT.—Este año presentaré un proyecto suprimiendo la mendicidad en toda la República.

ESCENA VIII

DICHOS — VENTURA

VENTURA.—(Sale de la posada). Señores viajeros, á la mesa: la cena espera!

JOHN.—Ya era tiempo. (Aparte). Este Diputado promete: le hablaré de mi gran proyecto.

RUPERTO.—(Dando el brazo á Teresita). Vamos, vamos á evolucionar en el órden gastronómico, que es el mas positivo.

John y el Diputado ofrecen el brazo á Adela, quien para no despreciar á ninguno, toma el de ambos. En esta escena Alfredo casi no atiende á las demostraciones de los viejos Hermógenes y Nicostrata, por mirar á Adela, hasta que ésta penetra en la posada.

JOHN.—(Mientras cruzan la escena). Nos darán nuevamente la púchera de óveja y la mazamorra.

RUPERTO.—Pesh! Por aquí son muy limitadas las evoluciones en el órden culinario.

TERESITA.—Calle usted: yo estoy de grano hasta la epiglotis, con el dichoso loco. (Entran en la posada).

ESCENA IX

HERMÓGENES, NICOSTRATA, ALFREDO y despues VENTURA

HERMÓG.—Por las cien mil. . . Qué gusto me dá verte, Alfredito: venga otro abrazo. (Se lo dan).

NICOST.—Otro abrazo. (Id).

HERMÓG.—Si me parece mentira verte aquí, hecho todo un hombre.

NICOST.—Todo un hombre.

HERMÓG.—¿Tè acuerdas de cuándo te fuistes?

NICOST.—¿Te acuerdas?

(Alfredo hace un signo afirmativo).

HERMÓG.—No tendrías mas de 12 años.

NICOST.—Doce años tendrías.

HERMÓG.—Eras un botijita así. (Indicando la altura con la mano).

NICOST.—Así.... (Hace igual signo).

HERMÓG.—Si no fuera porque tenemos tu retrato, no te habríamos conocido.

NICOST.—No te habríamos conocido.

HERMÓG.—Dime, dime: ¿A qué no te acuerdas ya de la Ventura?

NICOST.—¿De la Ventura?

ALFREDO.—¿De qué Ventura?

HERMÓG.—De la posadera, la que fué tu nodriza.

NICOST.—Tu nodriza.

ALFREDO.—Ah! sí, sí.

HERMÓG.—(Llamando). Doña Ventura! Doña Ventura! Venga usted acá.

VENTURA.—(Saliendo de la posada). Allá voy... ¿qué hay?

HERMÓG.—Venga usted acá. Este es Alfredito.

NICOST.—Es Alfredito.

HERMÓG.—Este es el hombre que viene á casarse con nuestra Fermina.

NICOST.—Con Fermina.

VENTURA.—Ya lo sabia; y yo muy bien lo he conocido, como que está hablando en la *topografía* que ustedes tienen.

HERMÓG.—Fotografía, mujer.

VENTURA.—Como viene hecho un *dotor*, no me habia atrevido á saludarlo.

ALFREDO.—Me alegre de veria y mucho le agradezco los cuidados que en mi crianza me prodigó.

VENTURA.—Eso sí: no ha habido niño mas prodigado que usted:

estaba tan gordito que daba gusto y mamaba con unas ganas!

HERMÓG.—Bueno, bueno: vamos á casa que Fermina estará ansiosa por verte.

NICOST.—Sí, estará ansiosa. (Entran en lo de Don Hermógenes).

VENTURA.—Quién diría que aquel niñito habia de llegar á ser un *cabayero* de importancia. (Entra en la posada).

ESCENA X

DON PEDRO, BELTRAN, PEPITA, algunos jóvenes de ambos sexos y luego
FERMINA

PEDRO.—(Entrando con Beltran y golpeándole el hombro). Te has portado como un hombre.

BELTRAN.—Así soy yo.

PEDRO.—Mucho te lo agradezco; pero ya estoy bien y yo continuaré el viaje. (Beltran no saca la vista de la casa de D. Hermógenes). No sabes cuánto te hemos extrañado.

PEPITA.—Muchísimo.

BELTRAN.—Gracias, amigos; yo lo mismo.

PEDRO.—Como que tú alegras el pueblo con tu genio y tus cantos.

PEPITA.—Y ahora debes cantarnos algo para celebrar tu venida.

BELTRAN.—Ahora no puedo... estoy cansado y...

UN VECINO.—Vamos, no te hagas de rogar.

PEPITA.—Tienes que hacernos el gusto.

BELTRAN—
Para despues de comer
les prometo una cancion;
antes ¿cómo lo he de hacer
si me falta... inspiracion? (Hace el signo de comer).

VARIOS.—¡Bravo, bravo el poeta!

PEDRO.—¿A qué has sacado algunos versos en el viaje?

PEPITA.—Que los diga, que los diga.

BELTRAN.—(Aparte). Están cargantes: les haré el gusto para que me dejen ver á mi Fermína. (Alto) Les cantaré una cancioncita que he compuesto hoy miétras venia en el pescante de La Minerva.

PEDRO.—Atencion!

(En este momento sale Fermína sin ser vista y se sienta en el escaño.)

MÚSICA

BELTRAN.—(Canta.)

Cuando iba yo en La Minerva,
de placer, me imaginaba
que las riendas manejaba
del gobierno federal,
y sin ruido ni ambiciones,
mas ancho estaba y contento,
que si tuviera de asiento
el sillón presidencial.
Mas ¡ay! me alejaba
y entre mí pensaba:
 mi amada
 adorada,
qué triste estará;
y su faz hermosa,
tierna, candorosa,
 en mi mente
 ardiente
veia brillar!

PEDRO.—¡Muy lindo!

UN VECINO.—¡Adelante!

PEPITA.—¡Sigue!

BELTRAN.— Cuando animaba los pingos

y el látigo hacia sonar
é iba dejando al galope
campos y pueblos detrás;
y pensando en mi querida
echaba el alma á soñar,
no daba el duro pescante
por la poltrona del Czar!

Y cuando venia
entre mí decia:

galera
ligera,
vuela, vuela mas,
que mi dueña hermosa
me espera amorosa:
suspiro,
deliro
por llegar allá.

(Los oyentes aplauden.)

FERMINA.—(Acercándose.) Preciosos versos! ¿quién te los ha inspirado?

BELTRAN.—¿Estabas tú ahí, Ferminita? (Al darle la mano le dice á
media voz) Y tú me lo preguntas?

FERMINA.—(Rápidamente). Necesito hablarte á solas y pronto.

ESCENA XI

DICHOS, D. HERMÓGENES

HERMÓG.—(Muy sulfurado). (A Fermina). Por' doscientas mil Bacantes!
(Da un pisoton) He de enseñarte á tí á ser mas comedida y
educada.

PEDRO.—(A los del grupo) Qué genio tiene este hombre. (Se vá por la derecha — Pepita entra en la posada y los vecinos se retiran).

HERMÓG.—Te has levantado de la mesa haciendo un grosero desaire á Alfredo, que en breve va á ser tu marido...

BELTRAN.—(Aparte). Qué escucho!

HERMÓG.—Y tú te vienes aquí á oír los versitos del atolondrado Beltran.

FERMINA—Pero tatita, si yo no.....

HERMÓG.—Cállese usted: adentro sin chistar! Ya le daré yo versitos: adentro, digo!

FERMINA—Ave Maria, tatita! (Entra en su casa).

HERMÓG.—(A Beltran). Y usted, amiguito, mucho cuidado con andar haciéndole coplitas á mi hija: porque no respondo de mí, si saco mi sable de caballeria...

BELTRAN.—Señor D. Hermógenes, si....

HERMÓG.—Brrrr! (Entra rápidamente en su casa).

ESCENA XII

BELTRAN

BELTRAN.—Estoy yerto, anonadado. ¿Cómo puede ser cierto semejante cosa? Oh! yo lo sabré todo, y sin pérdida de tiempo. Si quieren arrebátarmela contra su voluntad, yo sabré evitarlo aunque tenga que trastornar todo el pueblo; pero ¡ay! de ella si me engaña!... (Se vá).

ESCENA XIII

PEDRO

PEDRO.—(Entra con diarios en la mano). Esta vez la correspondencia ha sido numerosa: cinco cartas y cuatro diarios.

ESCENA XIV

DICHO, RUPERTO, JOHN, el DIPUTADO y VENTURA.

DIP.—(Saliedo de la posada). No tienen ustedes razon, señores: los principios de la república de Platon, se concilian perfectamente con el contrato social de *Roseau*.

VENTURA.—(A Pedro). A quien dice que han *rociao*?

DIP.—Ustedes verán qué proyectos presentaré este año al Congreso (con énfasis), resolviendo definitivamente estas cuestiones que son trascendentales para la vida democrática de los pueblos libres.

JOHN.—(Aparte). Este hombre debe ser una buena polemista: no entendersele nada!

RUPERTO.—Amigo mio, esas son paparruchas.

JOHN.—A mí gustarme mas las papas fritas.

RUPERTO.—Hoy la gran teoría es el evolucionismo, y todo hombre de tacto debe seguirla. Spencer, amigo, Spencer es el hombre del siglo. Evolucione usted siempre, permanentemente, y hará carrera, brillante carrera. El orden político, como el físico, el económico, el social, todos están regidos por una misma ley: el transformismo evolutivo que viene dirigiendo el mundo desde la metempsicosis indiana y Pitagórica hasta el Darwinismo contemporáneo! (Aparte.) Lo he dejado bizco.

DIP.—Comenzaré por evolucionar en el orden legislativo.

RUPERTO.—Claro; ese es el gran secreto. Con esa táctica, de Diputado pasará usted á gobernador de su provincia; de ahí, como es de práctica en toda confederacion bien constituida, se hace nombrar senador; á poco andar le darán una cartera de ministerio, y por último, si evoluciona con habilidad, llega á Presidente de la República.

JOHN.—Bonita programa.

DIP.—Usted se chancea mi amigo. (Con falsa modestia.) Yo no tengo méritos para eso.

RUPERTO.—Qué méritos, ni qué niño muerto: evolucione usted en todos los órdenes, y ríase de méritos.

JOHN.—Esos méritos los conquistará usted siendo la campeon de mi proyecto.

DIP.—Lo estudiaremos, lo estudiaremos... Usted no me ha dicho todavía de que se trata, pero ya veremos...

JOHN.—Oho! Mi proyecta ser colosal y cambiará la porvenir de estas repúblicas.

PEDRO.—(Que ha entrado un momento antes á la posada y sale con linternas y las da á los viajeros.) Si van ustedes á dar una vuelta por el pueblito, es conveniente que lleven luces, de lo contrario...

RUPERTO.—A pesar del tacto, podremos rompernos las narices. (Se van por la izquierda.)

ESCENA XV

PEDRO y VENTURA

PEDRO.—Qué tal? ¿Te han pagado bien?

VENTURA.—No podemos quejarnos: el único tacaño es ese señor *disputado ó despuntado*.

PEDRO.—*Deputado*, mujer.

VENTURA.—Me dió solamente medio boliviano, prometiéndome pagarme mas á la vuelta: dice que primero tiene que recibir el *baático*.

PEDRO.—Ja! ja! Se ha burlado de tí, mujer. ¿Cómo va á recibir el viático un hombre que está vendiendo salud? (Entran en la posada.)

ESCENA XVI

D. RUPERTO y D. HERMÓGENES. (D. Ruperto vuelve como si hubiera olvidado algo, diciendo: *Allí lo habré dejado*; D. Hermógenes sale de su casa y ambos, dándose un encontron en el centro de la escena, se dirigen las linternas á la cara. Esto á la inspiracion y talento de los artistas.)

RUPERTO.—¡Qué veo!

HERMÓG.—¡Qué miran mis ojos!

RUPERTO.—¿No eres tú Hermógenes Sacaronchas?

HERMÓG.—El mismo, ¿y tú quien, sino el gran Ruperto Ronquera?

RUPERTO.—Venga un abrazo.

HERMÓG.—Y una docena: aprieta, amigo.

RUPERTO.—Qué gusto, vernos despues de tantos años.

HERMÓG.—Lo que menos esperaba, era tan agradabilísima sorpresa.

RUPERTO.—Yo ni la soñaba. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos?

HERMÓG.—Como si fuese hoy! Y hará ya unos 20 años: yo estaba en Córdoba y tú me dijiste que ibas de paso para Chile.

RUPERTO.—He recorrido toda la América y la Europa: he andado haciendo vida de soltero libre y calaveron. Ja! ja! Que apunte soy yo para el amor: no hay mujer que me resista.

HERMÓG.—Pues yo, aquí donde me ves, tampoco he sido mala pieza. Precisamente por esa época tuve en Córdoba una empresa que coronó el mejor éxito, porque el marido, que era un imbécil, andaba de viaje.

RUPERTO.—¿El marido de la empresa?

HERMÓG.—El de la muchacha.

RUPERTO.—Ba, ba, ba! Una golondrina, una golondrina. Mira, sin ir mas lejos, aquí mismo, de paso, tuve yo una aven-

tura; pero qué aventura! una trapisonda riquísima... y tambien estaba ausente el infeliz marido....

HERMÓG.—¿El de la trapisonda?

RUPERTO.—El de la... de la aventura.

HERMÓG.—Ah! El marido de la Ventura, de la posadera. Si lo sabe D. Pedro!

RUPERTO.—Qué embrollo estás haciendo, hombre: si yo hablo del marido de la Ni....

HERMÓG.—Ehee!

RUPERTO.—(Atragantándose). De de la niña. (Aparte). Podria conocerla; casi se me escapa.

HERMÓG.—¡Ah!

RUPERTO.—Si tú hubieras tenido mi tacto!

HERMÓG.—Pero tengo un olfato de perdiguero, y una penetracion mas aguda que mi sable de caballeria.

RUPERTO.—El olfato se pierde con un simple resfrio. El tacto es el sentido jefe. Además, hay ciertos adornos en el hombre, ciertos complementos de su educacion, que ejercen una influencia mágica en la sensibilidad de la mujer. Así, yo hago furor siempre que canto mi aria favorita, aquella que empieza.... probaré si estoy en voz....

HERMÓG.—Pues yo he conquistado mas de una haciendo evoluciones con mi sable de caballeria. (Hace algunos pases.)

RUPERTO.—Y cuando llego á aquel pasaje furibundo en que se le amostaza la giva á Rigoletto (entonando) *Bendito, horripilante bendito.*

HERMÓG.—Pero ahora, hablando en serio, te diré que no has podido venir en mejor oportunidad: esta noche se casa mi hija Fermina con Alfredo.

RUPERTO.—¿Ese jóven que ha venido con nosotros?

HERMÓG.—El mismo. Es un muchacho que nosotros criamos como hijo. Yo, con esta penetracion que tengo, compren-

dí su talento, y siguiendo el consejo de diversas personas, lo mandé á Chile á educarse y allí se ha formado solo.

RUPERTO.—(Aparte). Pues no se duerme el mocito: ha venido como pegado á la linda viajera.

HERMÓG.—¿Qué dices?

RUPERTO.—Digo que el jóven revela buenos sentimientos. . .

HERMÓG.—Es una alhaja.

RUPERTO.—Pero. . . es cuestion de tacto. . . no sé porque me parece, despues de lo que me has contado, que la gratitud, mas que otra cosa, lo impulsa á casarse con tu hija.

HERMÓG.—(Dando un pisoton). Por doscientas mil Bacantes! eso no lo consentiria nunca. (Transicion). Oh! Estoy segurísimo de que los muchachos se quieren.

ESCENA XVII

DICHOS, NICOSTRATA, FERMINA y ALFREDO (salen de casa de D. Hermógenes), BELTRAN (entra por el fondo, y con disimulo se acerca á Fermina).

HERMÓG.—(A Ruperto). Mira, mira: aquí vienen mi mujer y mi hija: te las presentaré. Espera. . . con tu encuentro me habia olvidado de lo que tenia que hacer. (Se dirige á la posada)
D^a Ventura, D^a Ventura!

VENTURA.—(Desde bastidores). Allá voy!

HERMÓG.—(Volviendo al grupo). Ven, mujer, voy á presentarte un viejo amigo.

BELTRAN.—(Rápidamente á Fermina). Con él no te casarás, antes le ahorco.

FERMINA.—(A Beltran, id.) No temas.

HERMÓG.—(A Ruperto). Te presento á mi mujer: Nicostrata Ten-
tequeda.

RUPERTO.—(Aparte). Hum! ¡La de mi aventura! (Alto). Tanto gusto...
(Aparte). Pero qué coincidencia!

HERMÓG.—(A Nicostrata). D. Ruperto Ronquera. (A Ruperto). Mi hija
Fermina.

NICOST.—(Aparte.) (Aterrada y sofocadamente.) Es él! (Alto.) Celebro...

RUPERTO.—(Saludando á Fermina.) ¡Cómo está la señorita? (A Nicostrata.)
Tiene usted una hija preciosa. (A Alfredo.) Lo felicito, amigo:
se lleva usted un verdadero pimpollo.

BELTRAN.—(Aparte.) Buen pimpollo le daré yo.

VENTURA.—(Sale de la posada y se acerca al grupo.) ¿Qué se ofrece?

HERMÓG.—(A Ventura.) Ya sabe usted que contamos con su ayuda,
para que la fiesta de esta noche sea digna de los novios.

VENTURA.—Ya lo creo que pueden ustedes contar con mi ayuda,
como que puedo decir que es mi hijo el que va á casarse.
Acababa de nacer mi pobrecito Andrés, cuando una se-
ñora que venia de viaje, despues de informarse de que
aquí vivia D. Hermógenes, se empeñó en que le criara un
niñito que traia. ¿Quién hubiera creído que habia de llegar
á ser el *dotor* Alfredo? Yo no queria hacerme cargo del
niño; pero tanto me rogó y me pagó la madre, doña Mónica
Milfuegos...

RUPERTO.—Qué dice usted? ¡Mi mujer!

HERMÓG.—(Aparte.) La de mis amoríos en Córdoba.

VENTURA.—(Asustada.) ¿Cómo? Que usted es...

RUPERTO.—Ruperto Ronquera.

VENTURA.—Quién habia de pensarlo! (Aparte.) He descubierto el
pastel!

ALFREDO.—¿Qué misterio es este?

(Todos muestran gran interés y sorpresa)

RUPERTO.—(A Ventura). Hable usted.

HERMÓG.—(Idem) Explíquese usted.

VENTURA.—Doña Mónica me encargó el mayor secreto.

RUPERTO.—Ahora ya es tarde.

ALFREDO.—Estoy ansioso.

HERMÓG.—(Dando un pisoton) Por doscientas mil Bacantes, hable usted, mujer!

VENTURA.—Perdóneme Dios! Doña Mónica al dejarme á Alfredito, me dijo que como su marido don Ruperto Ronquera, era un calaveron perverso, que la habia abandonado, ella queria castigarlo haciéndole ignorar por toda la vida que tenia un hijo.

RUPERTO.—(Reflexionando para sí) Solamente que la última vez que....

HERMÓG.—(Id. Hace cálculo con los dedos.) Si la edad de Alfredo concuerda precisamente con....

RUPERTO.—(Con fruicion) De manera que Alfredo es mi hijo. Soy todo un progenitor: ven á mis brazos.

ALFREDO.—Padre! (Se abrazan. Nicostrata debe mostrar una inquietud y angustia creciente en toda esta escena.)

RUPERTO.—(Aparte) Con razon el muchacho es tan enamorado: de casta le viene al galgo..... (Alto) Eres tu tatita en pinta.

ESCENA XVIII

DICHOS, entran por el fondo el DIPUTADO y JOHN que vuelven del paseo.
ADELA, TERESITA y PEPITA salen de la posada.

HERMÓG.—Pero, hombre... ¿cómo es posible que Alfredo sea tu hijo si....

RUPERTO.—¿Y quien quieres que sea su padre, si es hijo de mi mujer?

NICOSTRATA.—Dios mio! (Apagadamente) Son hermanos! (Se desmaya y la socorren Hermógenes, Beltran y Fermína.)

FERMINA.— Socorro! Agua!

HERMÓG.—(Dando un pisoton.) Por trescientos mil....

TERESITA.—(Al oír la declaración de don Ruperto se avalanza con furia sobre él)

Con que eras casado! Pérfido.... engañador.... infame....

desleal, hiiii. (Se desmaya. La sostienen John, el Diputado y Adela).

BELTRAN.— Se enreda la madeja. (Telon rápido.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Interior de la posada. Algunas mesas y bancos ordinarios. Un candelero con vela en cada mesa y una lámpara sobre el mostrador. Dos puertas al foro y dos á cada lado.

ESCENA PRIMERA

A la izquierda, jugando al dominó, el DIPUTADO y JOHN. — A la derecha BELTRAN escribiendo rodeado de algunos amigos. — PEDRO y PEPITA jnto al mostrador.

DIP.—(Haciendo una jugada) Mi triunfo mas ruidoso lo conseguiré este año en el Congreso, con mi gran proyecto sobre el matrimonio civil.

JOHN.—Very-well: mucho gustarme.

DIP.—Sí, amigo; es necesario acabar alguna vez con el yugo de las preocupaciones y de las falsas santidades.

JOHN.—Pero no descuidar por esta mi proyecta que ser mas positiva. (Golpea la mesa llamando).

AMIGO 1º.—(A Beltran) Hoy no estás inspirado como otras veces.

PEPITA.—(Acercándose á la mesa de John y el Dip.) ¿Qué desean ustedes?

DIP.—(A media voz á Pepita) Decirte que eres una ricurita. (Pepita baja los ojos ruborizada).

JOHN.—Traernos algo de beber.

PEPITA.—Voy en seguida. (Vá al mostrador y sirve dos vasos).

PEDRO.—(Que ha notado el piropo del Diputado) (A parte) Siempre que hay

viajeros tengo que andar con tamaño ojo con esta muchacha, porque de tan inocente es tonta.

AMIGO 1º.—(A Beltran) Está sin jugo el caletre. . . .

OTRO.—No das en la tecla.

BELTRAN.—Si me están embromando (Hace ademán de rasgar lo escrito).

LOS AMIGOS.—(Impidiéndole) Adelante, hombre, adelante.

BELTRAN.—Ya les he dicho que hoy estoy mas para dar trompadas que para hacer versos. (Aparte) Si no fuera por sacármelos de encima. (Continúa escribiendo).

DIP.—(A Pepita que les presenta los vasos) Preciosura! Alhajita!

PEPITA.—(Aparte) Le diré lo que me enseñó Juliana: (Alto al Diputado) Es favor que me hace; el simpático es usted.
(John bebe),

PEDRO.—(Muy enojado, á Pepita, á quien ha seguido con la vista) Vaya usted adentro.

PEPITA.—Pero tatita. . . .

PEDRO.—Adentro, digo! (Se vá Pepita por la segunda puerta derecha). (Aparte, mirando al Diputado) Y tú, cuidado con mi garrote.

ESCENA · II

DICHOS, menos PEPITA

DIP.—(A John) Se ha fijado que linda es la hija de este bárbaro?

JOHN.—A mí no llamarme la atención la belleza plástica; á mí gustarme la mujer de carácter.

BELTRAN.—(Levantándose) Ya está.

AMIGO 1º.—Vamos á ver.

PEDRO.—(Llegando al grupo). ¿De qué se trata?

BELTRAN.—De unos versos que me han obligado á hacer, sobre lo que acaba de pasar ahí fuera.

PEDRO.—Que á mí me ha revuelto la bilis, porque de todo tiene la culpa mi mujer, á quien no le para nada en el estómago...

AMIGO 2º.—Hombre, que se ponga una cataplasma. . . .

PEDRO.—En la mollera te haria falta; quiero decir que no sabe guardar un secreto. Léa, Beltran.

BELTRAN.—(Leyendo). Todo el pueblo está intranquilo por lo que pasó recién: pero ¿quién nos dará, quién de este madejon el hilo? Está confuso el belen.

PEDRO.—Ya lo creo que está confuso.

BELTRAN.— A la vieja Nicostrata y á esa jamona coqueta con ribetes de beata, les dió aquí una pataleta que por muy poco las mata.

AMIGO 1º.—No se hubiera perdido mucho.

BELTRAN.— La Ventura se lamenta del pastel que ha descubierto: parece que el tal Ruperto es un pájaro de cuenta con el ojo muy abierto.

—
Y Alfredo ¿será su hijo?
Quizá, mas su nacimiento se presta á mucho comento; gato hay en esto de hijo, pero, ¿quién nos cuenta el cuento?

AMIGO 2º.—Esa es la cosa.

BELTRAN.— En todo esto al parecer
un gran misterio se vela,
que por cierto no es de ayer,
y quien lo quiera saber.

TODOS.—¿Qué? ¿Qué?

BELTRAN.— Pregúnteselo á su abuela!

LOS AMIGOS.—Já! já!

PEDRO.—Buena receta para los curiosos.

BELTRAN.—Y ahora háganme el favor de dejarme en paz. (Se va
corriendo por la primera puerta del foro).

LOS AMIGOS.—Vaya, buenas noches D. Pedro. (Se van).

PEDRO.—Buenas se las dé Dios.

DIP.—(Levantándose, á Pedro). Indíquenos nuestro cuarto.

PEDRO.—Vengan ustedes conmigo.

DIP.—(Aparte). Si encuentro á Pepita le echo un discurso amoroso-sentimental, y le muestro mi diploma. (Se van el Diputado, John y Pedro por la segunda puerta izquierda).

ESCENA III

D. RUPERTO — (Sale por la primera puerta derecha).

RUPERTO.—Estoy contentísimo con mi paternidad, que aunque es flamante, puedo decir que la gozo con efecto retroactivo. ¿Quién me diría que aquí había de encontrarme de zopeton reproducido. . . .

ESCENA IV

DICHO, D. HERMÓGENES

HERMÓG.—Querido Ruperto. . . .

RUPERTO.—Hola! ¿Eres tú? ¿Como sigue Nicostrata?

HERMÓG.—Pesch! No ha sido nada. Accidentes de la guerra. Sin embargo no ha dejado de estrañarme un poco, porque nunca le ha dado un patatús tan fuerte. Pero, como se casa la muchacha y se va mañana, porque Alfredo no puede detenerse.

RUPERTO.—(Aparte). Inocente! Si supiera que soy yo la causa del desmayo! No ha podido resistir la emocion al reconocerme.

HERMÓG.—¿En qué piensas?

RUPERTO.—En que hemos sido unos truchas.

HERMÓG.—Ya lo creo! (Aparte). Si supiera que la Mónica y yo. . .
(Risa contenida).

RUPERTO.—(Aparte). Si sospechara que Nicostrata fué la de mi aventura. . . (Sonrisa maliciosa).

HERMÓG. }
RUPERTO. } (A un tiempo). Disimulemos.

HERMÓG.—Me has distraído del objeto que me traía. Sabrás que si accedí al casamiento de Fermina y Alfredo, cuando este era huérfano, ahora es indispensable el consentimiento de su padre.

RUPERTO.—¿Cómo puedes imaginarte, querido y viejo amigo, que yo me oponga?

HERMÓG.—Venga un abrazo. (Se abrazan). Y has de saber que quiero que tú seas el padrino de la boda.

RUPERTO.—Con mil amores.

HERMÓG.—Que no falte nadie: ni el honorable Diputado, ni ese Mister John, que hoy me presentaste ahí.

RUPERTO.—Descuida, los invitaré á todos.. y ya verás, ya verás. ¡Qué noche vamos á pasar! Yo me entusiasmo con estas cosas. Recordaremos nuestros tiempos. Bailaremos, cantaremos, charlaremos: oirás mi aria favorita, que comienza... probaré si estoy en voz...

HERMÓG.—Por trescientas mil... Ahora déjame ver á mi mujer que ha de estar ahí con la Ventura, haciéndole los últimos encargos... Precisamente aquí viene.

RUPERTO.—Prevendré á los compañeros. (Aparte.) Me voy, no sea que al verme le repita la pataleta. (Se va por la izquierda.)

ESCENA V

HERMÓGENES, NICOSTRATA, FERMINA (por la segunda puerta derecha),
VENTURA (desde la puerta). Despues JOHN y el DIPUTADO.

VENTURA.—(A Nicostrata y Fermina). Descuiden ustedes, no faltará nada. (Se vá).

HERMÓG.—Vaya ¿han terminado ya? Ni el padre eterno hizo tantos preparativos para crear el mundo. Bueno, ahora á casa. (A Fermina). Ve á ponerte tu traje de novia.

NICOST.—(Suspirando). Tu traje de novia.

FERMINA.—Pero tatita...

HERMÓG.—No hay pero que valga!

FERMINA.—¿Quieres sacrificarme?

NICOST.—¡Ay! Yo he nacido estrellada!

HERMÓG.—Por cuatrocientas mil Bacantes! lo que falta es que tú te pongas de su parte. Hay para volverse loco.

FERMINA.—¿Serás capaz de obligarme á contraer un matrimonio contra mi gusto?

NICOST.—Contra mi gusto... digo, su gusto?

HERMÓG.—(Dando un pisoton). ¿Quieres callar, relojito de repeticion? Y tú muchachuela mimosa y mal criada ¿te atreverás á producir un conflicto en estos momentos?...

FERMINA.—(Con resolucion) Pues... lo que es con Alfredo no me caso; ya lo sabes!

NICOST.—(Con altanería). Ya lo sabes!

(El Diputado y John entran por la segunda puerta izquierda).

HERMÓG.—Si se me vuelan los pájaros y descuelgo mi sable de caballería... brrrrr! (Da un pisotón.)

JOHN.—(Al Diputado.) Ese cuarto no ser confortable.

DIP.—Amigo, en estos viajes hay que acostumbrar el cuerpo á todo.

FERMINA.—Es usted un mal padre! (Lloriqueando).

NICOST.—Un mal padre! (id.)

FERMINA.—La pena me matará... (id.)

NICOST.—Me matará... la matará, la matará. (id.)

HERMÓG.—Brrrrr! Por cuatrocientos mil..... (Consigo mismo) No te dejes enternecer, Hermógenes!

JOHN.—(Al Diputado.) Ya sabe usted que mi necesitar su apoyadura en el Congreso.....

DIP.—Cuenta con ella! Mi mision es velar por el progreso del país: para eso me han dado este diploma.

HERMÓG.—(Reparando en el Diputado y John) Ah! Qué idea! Sí, sí, éste la convencerá. No hay como ser un hombre sagaz; esta penetracion que tengo me salva en todas mis pellejerías. (Les sale al encuentro.) Señor Diputado; señor John!

JOHN.—(Inclinándose) Ohoo!

DIP.—Tanto gusto.

HERMÓG.—Perdonen ustedes que me tome la confianza.....

DIP.—De nada, de nada: estamos á sus órdenes. Esta es su señora y su niña? (Saludándolas.)

JOHN.—Señora; señorita! (Se saludan y se colocan en curva en el órden que indica el diálogo.)

HERMÓG.—Pues yo deseaba....

JOHN.—Parecer que ustedes tratar algun asunto familiar....

DIP.—Sí, familiar.

HERMÓG.—Muy familiar.

NICOST.—(Suspirando.) Muy familiar.

FERMINA.—Familiarísimo!

JOHN.—Ohoo! Ustedes discutian tranquilamente.

DIP.—Tranquilamente....

HERMÓG.—(Con ironía.) Muy tranquilamente.

NICOST.—(Suspirando.) Muy tranquilamente.

FERMINA.—Tranquilísimamente!

HERMÓG.—Por cuatrocientos mil.... La verdad es que la procesion anda por dentro, y ustedes pueden prestarme un gran servicio, principalmente el honorable Diputado, que está acostumbrado á hacer lo que quiere con su elocuencia.

JOHN.—Ohoo! Ciertamente.

DIP.—(Haciendo una reverencia). Gracias, gracias!

HERMÓG.—Amigo, yo no sé mas que ponerme en guardia y tirar mandobles, pero no sirvo para convencer á nadie con razonamientos, y como usted es maestro en ese arte....

DIP.—Maestro no, pero....

HERMÓG.—Esta muchacha, no quiere casarse con su prometido Alfredo, su compañero de la infancia, que ha venido espresamente á eso; pero, á mí, con este olfato y esta penetracion que tengo, no se me engaña. Aquí hay gato encerrado, y si lo pillo con mi sable de caballería, lo rajo! Se casará con él, quiera que no quiera. . .

DIP.—¿Con el gato?

JOHN.—No, con el sable.

HERMÓG.—Qué gato, ni qué sable: con Alfredo, y si no (da un pisoton) por cuatrocientas mil Bacantes!

DIP.—(Aparte). Con una, aunque sea de guarda-almacen, tengo bastante para mi hermano.

HERMÓG.—Como yo no puedo con mi genio. . . y no sirvo para retóricas. . . les ruego que persuadan á esta atolondrada, por que Alfredo es el partido que le conviene.

JOHN.—Mas le convenir un entero.

DIP.—Descuide usted: con dos palabras que yo le diga, le tocaré el corazon: conozco el lado flaco de las mujeres.

NICOST.—Ay! Yo he nacido estrellada!

DIP.—Además, yo estoy acostumbrado á tratar desde los mas altos puntos de mira..... (Aparte) desde el mirador de la plaza (alto) con altísimas reflexiones, los altos problemas, de la mas alta política, en las altas esferas, de la alta diplomacia, de las mas altas. . .

HERMÓG.—Basta de alturas. . . no sea que se caiga usted y se le arrugue el diploma.

DIP.—Formule usted su mocion y como cuestion de orden la resolveremos sobre tablas.

JOHN.—Ohoo!

HERMÓG.—Mi hija se opone á casarse con Alfredo: dice que no le gusta.

DIP.—¿No le gusta el matrimonio?

HERMÓG.—No, el novio.

DIP.—Entonces hace muy bien.

HERMÓG.—¿Cómo se entiende?

DIP.—Sí, señor. El matrimonio es un contrato que solamente debe realizarse por la libre voluntad de las partes, sin violencia; sin. . . . Este año presentaré mi gran proyecto sobre esta materia. . . .

HERMÓG.—Hace muy mal!

DIP.—¿En presentar mi proyecto?

JOHN.—Ohoo! proyecta grande ser la mia.

HERMÓG.—Quien habla de proyectos, ahora, hombre. Digo que Fermina hace muy mal en no querer casarse con Alfredo, que he dado mi palabra, que no puedo volverme atrás, y que si saco mi sable. . . . (Da un pisoton).

DIP.—Diré á usted, diré á usted. En el matrimonio, como en todos

los actos humanos, hay diversos móviles determinantes. Así puede suceder.... y á veces suele ocurrir.... y teniendo en cuenta que.... y considerando.... en fin: la voluntad del padre es ante todo.

HERMÓG.—(Aparte). Es un gran político: opina á gusto del consumidor. (Alto). Pues entonces, convénzala usted, convénzala usted. (A Fermina). Pon atención á lo que te dirán estos señores y sé razonable. Yo volveré en seguida: cuidado como te comportas! (Vase).

ESCENA VI

EL DIPUTADO, JOHN, FERMINA y NICOSTRATA.

DIP.—(Cuadrándose y componiéndose el pecho). Pido la palabra! Este diploma, señorita...

FERMINA.—Sé lo que usted va á decirme; es inútil.

NICOST.—Es inútil.

DIP.—Pero...

FERMINA.—Es completamente inútil.

NICOST.—Completamente inútil.

DIP.—Déjeme usted hablar! Este diploma...

FERMINA.—Ni usted ni nadie podrá convencerme; al corazon no le entran argumentos, el amor es un déspota....

JOHN.—Nadie *despota*, señorita, queremos solamente...

FERMINA.—Ustedes no saben lo que es sentir, lo que es amar, lo que es soñar...

NICOST.—Lo que es soñar...

JOHN.—Ser una torbellina.

DIP.—(A Fermina: con energia). Pido que se llame al orden al señor

Diputado preopinante y que se me respete en el uso de la palabra.

FERMINA.—(Con ceremonia). Hable el honorable Diputado!

NICOST.—Hable el honorable.....

DIP.—(Componiéndose el pecho) Este diploma me acredita como genuino representante del pueblo y con mayor razon de uno de sus miembros. El me ha encargado.....

FERMINA.—¿El pueblo?

JOHN.—No, el miembro.

DIP.—Su padre.

JOHN.—El padre del miembro.

DIP.—El del demonio! (A John) Usted todo lo enreda; es un embrollon.

JOHN.—(Muy serio.) Mi no ser embrollon: mi pagar siempre al contado.

DIP.—Si no se calla usted, no nos entenderemos. (Pausa). Señorita: La mision que tengo que desempeñar cerca de usted es delicadísima. Los deberes de la obediencia... el respeto á los mayores... la gratitud filial... todos esos corolarios del sentimiento, considerados á través del prisma de los principios y de los fines....

FERMINA.—No continúe usted, no continúe usted, que su palabra me conmueve á tal punto que podria llevarme hasta contrariar los impulsos de mi corazon....

NICOST.—(Maquinalmente) De mi corazon....

JOHN.—Ohoo!

DIP.—Los impulsos del corazon no deben contrariarse nunca, porque ellos son hijos del sentimiento, y el sentimiento es la aguja de marear que nos orienta hacia el escondido polo de la felicidad. (Aparte, á John). Esto se llama una metáfora.

FERMINA.—Por eso mismo no quiero unirme con quien no amo....

NICOST.—Con quien no amo.... digo, no ama.

FERMINA.—Con quien nada me dice al alma.... y causaria mi desdicha por toda la vida.

NICOST.—Por toda la vida.

JOHN.—Ohoo! Hacer usted muy bien.

DIP.—Si usted no siente inclinacion por ese jóven, no debe usted sacrificarse. El matrimonio es el acto mas sério y trascendental de la existencia, decide para siempre del porvenir del hombre y de la familia, y debe realizarse únicamente por amor.

JOHN.—Ohoo! El amor solamente no ser bastante. El amor ser como una botella de rom; cuando recién se destapa, el líquido tener mucha fortaleza, despues pierde poco á poco su aroma y quedar cada dia mas flojito. Al fin la botella vacia, no ser mas que una triste despoja, que recordar los primeros tragos de rom.

DIP.—Hay sin duda alguna filosofía en el fondo de la botella de rom de Mister John.

JOHN.—Por desgracia aquí no tener ninguna.

DIP.—Pero el amor es la luz, el alma, el calor, la vida del matrimonio, que si es regido por la conveniencia ó el interés se convierte en un contrato mercantil. (Consigo mismo). Estoy elocuente.

FERMINA.—Quedo completamente convencida.

NICOST.—Completamente convencida....

FERMINA.—Y seguiré su consejo: no me casaré sino con quien sea de mi gusto.

NICOST.—Con quien sea de mi gusto.

FERMINA.—Del mio, mamita.

NICOST.—Tu gusto es el mio, niña. Vámonos. (Saludan á John y al Diputado.)

DIP.—No permitiremos que se vayan ustedes solas.

JOHN.—Ohoo, no, no!

FERMINA.—No se molesten ustedes.

NICOST.—No se molesten....

DIP.—Molestia ninguna.

JOHN.—Ohoo! no, no. (Salen por el fondo.)

ESCENA VII

ALFREDO (pensativo)

ALFREDO.—Dos veces he intentado decirle la verdad; pero no he tenido valor. Pobre Fermina! ¿Cómo desen gañarla, cómo darle tan amarga decepcion? Y á esos pobres viejos, que tanto han hecho por mí, á quienes debo cuanto soy ¿cómo pagarles con tan negra ingratitud? Ay! pero tambien ¿cómo renunciar para siempre al amor de Adela? Imposible, (Pausa.) (Como tomando una resolucion.) Sí, él me salvará. (Se acerca á la primera puerta de la derecha y llama.) Padre, padre!

ESCENA VIII

DICHO y D. RUPERTO (en mangas de camisa, afeitándose)

RUPERTO.—Hola, Alfredito. ¿Cómo es que todavía no te pones de tiros largos....? (Observándolo) Pero ¿qué tienes? A tí te pasa algo?.... Estás agitadito....

ALFREDO.—Ay! padre mio; soy muy desgraciado!

RUPERTO.—¿Qué me dices, pobrecito? Cuéntame, cuéntame. ¿Qué te sucede? Me pones en cuidado.

ALFREDO.—Necesito de usted.

RUPERTO.—Habla, hijo mio, habla!

ALFREDO.—Yo no puedo casarme con Fermina!

RUPERTO.—(Haciendo un aspaviento de asombro) Demonio! ¿no has pedido tú mismo la muchacha?

ALFREDO.—Sí, querido padre; pero despues que he conocido á Adela...

RUPERTO.—Ah! picaron, picaron! (aparte) Igualito á tu padre. (Alto) Pues hijo, me pones en un tremendo apreto. No hace media hora que Hermógenes me pidió mi consentimiento, y se lo dí con el mayor placer, como que ignoraba.... el cambio que querias introducir en la formacion de tu gabinete. Francamente: no puedo tomar la iniciativa en esto; haré vista de escrutador cuocientista, para que triunfe tu candidato.... (Transicion) Tu caso es de los que requiere una medida heróica, algo como un ataque al abordaje. En fin, déjame terminar mi *toilet*; pensaré qué se puede hacer. No desesperes, no te ahogues en poca agua. (Se vá.)

ESCENA IX

ALFREDO y luego ADELA

ALFREDO.—No tengo otro camino que hablarle claramente á D. Hermógenes.

ADELA.—(Sale por la primera puerta de la izquierda) Alfredo!

ALFREDO.—Adela! Ansiaba verte: necesitaba ya la luz de tus ojos para confortar mi espíritu.

ADÉLA. — Valor, amigo mio.

ALFREDO. — ¿Nada mas que ese título merezco?

ADELA.—No tengo derecho á darle otro.

ALFREDO.—Ah! Usted no sabe cuanto es el amor que me inspira!
Imposible que yo renuncie á él.

ADELA. — Usted delira, Alfredo. Olvida que en breves momentos debe ser el esposo de esa jóven, á quien no puedo permitir que haga usted desgraciada por mi culpa.

ALFREDO. — Comprendo la nobleza y generosidad de sus sentimientos; pero es en vano luchar, Adela. (Con pasion). Te adoro, te idolatro! (Le besa la mano).

ESCENA X

ALFREDO, HERMÓGENES, JOHN y el DIPUTADO.

DIP. — (Entrando) (A Hermógenes.) Con dos palabras que la dije quedó completamente convencida.

HERMÓG. — Qué veo! . . .

ADELA. Ah! (Se va corriendo).

ALFREDO. — (Para sí.) Maldicion!

HERMÓG.—¡Por cuatrocientas mil Bacantes! ¡Qué atrevimiento! Qué desvergüenza! ¡Como está pervertida la juventud del día!

DIP. — Yo presentaré un proyecto.

JOHN.—A mí no importarme estes asuntos. . . .

DIP.—A mí tampoco (aparte). Lo que me interesa es encontrar á Pepita. (Se van por la segunda puerta izquierda).

ALFREDO.—(Aparte). ¿Qué le diré para no comprometer á Adela?

HERMÓG.—Hola, hola! señor libertino; seductor de viajeras, engañador de inocentes niñas. Ya lo habia adivinado yo con esta penetracion que tengo. Va usted á casarse con Fermina, que está la pobrecita llorando á lágrima viva, porque no le tiene á su lado, y usted está aquí, haciendo á otra arrumacos y galanteos.

ALFREDO.—(Aparte). No sé qué respeto me inspira este buen hombre. (Alto). Pero, señor, sí. . . .

HERMÓG. — Por quinientas mil Bacantes! (Da un pisotón) Discúlpese usted, discúlpese usted inmediatamente; de lo contrario, si saco mi sable de caballería... ¿Quién es esa señorita? Conteste usted... ¿Qué tiene usted que ver con ella?

ALFREDO. — (Balbuceando.) Señor, esa señorita... esa señorita... resulta ahora que. . . que es mi hermana!

HERMÓG. — Tu hermana! ¿Será posible? ¿Y cómo no me lo ha dicho Ruperto?

ALFREDO. — Si él no lo sabe todavía y precisamente combinábamos el medio de decírselo.

HERMÓG. — Siendo así, ya me calmo: algo de eso me decia esta penetración que tengo. Perdóname mi arrebato. Vamos, vamos, que Fermina necesita tus consuelos. (Se van por el fondo).

ESCENA XI

BELTRAN, luego PEDRO y VENTURA

BELTRAN.—(Entra muy exaltado). Estoy rabioso, desesperado. (Se sienta y da fuertes golpes en una mesa). Aquí no hay quién sirva? (Llamando). D. Pedro! D^a Ventura!

PEDRO.—(Sale por la izquierda). ¿Qué hay? ¿Eres tú? Que malos aires traes, hombre!

VENTURA.—(Que habrá salido por la segunda puerta derecha). ¿Qué te han hecho, Beltrancito?

BELTRAN.—Tengo el infierno dentro de mí. Dénme de beber de lo mas fuerte que tengan: hoy voy á hacer alguna barbaridad.

PEDRO.—Vamos, cálmate, muchacho. Esta noche parece que el diablo ha venido á trastornar todo el pueblo. ¿Qué tienes? ¿Algun amorcito mal correspondido? Ah! mujeres, mujeres: si todas son lo mismo!

VENTURA.—Miren quien habla....

PEDRO.—No hagas caso, muchacho; esas son tonterias.

VENTURA.—Ya le pasará el mal humor en el baile de la Fermina.

PEDRO.—Hazme el favor de decirme para quien son estas cartas, que yo soy corto de vista. (Beltran examina las cartas.)

VENTURA.—Corto de vista y es capaz de ver debajo del agua.

PEDRO.—Y debajo del vino tambien despues que me lo bebo.

BELTRAN.—(Leyendo los sobres) Esta es para don Nabor, esta para don Estaurofilo; esta para la Visitacion y esta para la Ventura.

PEDRO.—¿Para mi mujer?

VENTURA.—¿Quien puede *escrebirme á mí?* *Lémela* que yo tambien soy corta de vista.

(Beltran abre la carta y lee dando muestras de gran sorpresa.)

BELTRAN.—(Aparte, agitado.) Si parece mentira lo que estoy viendo! No cabe duda. El berengenal aumenta. Pero esto me salva. Sí, Fermina será mia.

PEDRO.—¿Qué dice?

VENTURA.—*Lé* de una vez.

BELTRAN.—Hemos hecho un barro abriendo esta carta: es para entregar á D. Hermógenes, y yo mismo se la llevaré.

VENTURA.—Ya decia yo; ¿quién se va á *correspondenciar* con una? (Se va por donde vino.)

PEDRO.—Ahora sales con esa? (Aparte) Voy á repartir estas cartas. (Consigo mismo) No sé mi sombrero y mi baston... (Buscándolos, sale por la derecha.)

BELTRAN.—Esta carta es un tesoro. Con ella dispondré de la voluntad de D. Hermógenes, y Fermina será mia. Ahora sí que desbarato su boda con Alfredo. (Se va.)

ESCENA XII

RUPERTO, ADELA, TERESITA y JOHN. — Ruperto sale de su cuarto y se acerca al de John y el Diputado)

RUPERTO.— En marcha, amigos (Sale John). (Llamando en la primera puerta izquierda). Señorita Adela, señorita Teresita! (salen estas). Vengan ustedes. ¿No saben que soy el padrino de la boda (aparte) ó del escándalo (alto) que ha de tener lugar en lo de mi viejo amigo Hermógenes Sacaronchas? (Teresita da la espalda á D. Ruperto con muestra de gran enojo.) Tengo encargo de invitar á ustedes.

ADELA.— Le rogamos que nos escuse.

TERESITA.— (De mal modo). Nosotras no vamos.

RUPERTO.— ¿Todavía está usted enojada conmigo, bella Teresita? (John mira con interés á Teresita).

TERESITA.— ¿Cree usted que he de perdonarle la burla, el escarnio de que me ha hecho objeto?

RUPERTO.— Ha sido una bromita de viaje.

TERESITA.— Es usted un libertino, un viejo verde; no puedo ni verlo. . . y no se me acerque, porque no respondo de mis uñas. (El interés de John crece).

RUPERTO.— (Aparte). Qué brava es! ¿si tendrá hidrofobia?

ADELA.— (A Teresita). No hagas papelones.

TERESITA.— Qué quieres? no tengo libre albedrío sobre mis nervios.

JOHN.— (Entusiasmado). Ohoo! A mí gustarme mucho los genios *súpitos*.

RUPERTO.— (A Adela.) Sea usted mas razonable y dé á su hermana un ejemplo de condéscendencia. (Al oído y rápido). Voy á fa-

vorecer sus intereses y los de Alfredo; me lo ha dicho todo.

(Aparte) Entre esta y Fermina me quedaria... con las dos.

ADELA. — (Emocionada). No deseo desairar á nadie: vamos, Teresita.

TERESITA. — ¿Qué se habrá figurado ese tiesto con pantalones?

JOHN. — (Aparte). Me entusiasma el nérvio de esta mujer.

TERESITA. — Es cosa que me trastorna todo el sistema esta falsía innata de los hombres. No vol'veré á creer mas en ninguno,

JOHN. — (A Teresita). Usted ser para mí el ideal de la mujer: ser un carácter. (Cae de rodilla). Mi querer casar con usted.

RUPERTO. — (Aparte). Es capaz el inglés de enamorarse.

TERESITA. — (Con coqueteria). Caballero! Así tan de repente... No sé si creer...

ADELA. — Señor John!

JOHN. — Si haber duda, mi dar diez mil libras esterlinas en caucion de mi palabratura.

TERESITA. — (Aparte). Esto es un hombre! Y es simpático el inglés.
(Alto) Levante usted: soy toda suya.

ADELA. — (A Teresita). Eres incorregible...

JOHN. — (Besándole la mano y levantándose). Qué felicidad!

RUPERTO. — Se clavó el inglés para toda la siega!

TERESITA. — (Muy contenta). Vamos donde quieran.

ADELA. — Vamos ã ponernos el sombrero. (Se va cada uno á su habitacion.)

ESCENA XIII

PEPITA, el DIPUTADO y luego PEDRO. (Pepita sale corriendo por la segunda puerta derecha perseguida por el Diputado).

DIP. — Escúchame, adorable Pepita: no seas ingrata, te adoro con frenesí.

PEPITA. — (Aparte). Parece que me está haciendo el amor.

DIP. — Contéstame, encantadora Pepita; dí si me amas; calma mi angustia, estoy abrasándome en tus ojos.

PEPITA. — (Aparte). ¡Ay! yo no sé lo que se dice en estos casos. Le diré lo que me enseñó Juliana. (Alto) Es favor que me hace: el simpático es usted!

(El Diputado se arrodilla, le toma la mano y se la besa).

DIP. — Te adoro, te idolatro!

PEPITA. — Qué lindo es esto. Siga usted que me gusta mucho.

DIP. — (Aparte) Se me va á ensuciar el terno nuevo! (Entra Pedro por donde habia salido con el sombrero puesto y un grueso baston. Al ver al Diputado en tal actitud, tira los diarios y cartas que trae y se le vá encima furioso enarbolando el garrote).

PEDRO. — ¡Qué veo!

PEPITA. — Ah! Tatita! (Se va corriendo por el foro).

DIP. — ¡El padre! (Se levanta asustado).

PEDRO. — El del viático seduciendo á mi hija! Ahora verás. . . .

DIP. — (Corriendo perseguido por Pedro). Socorro! socorro!

ESCENA XIV

DICHOS, RUPERTO, JOHN, ADELA Y TERESITA; luego un muchacho con una carta.

DIP. — No sea bárbaro; yo soy representante del pueblo; soy inviolable: respete mis inmunidades.

(Ruperto y John detienen á Pedro).

RUPERTO. — Calma, calma!

JOHN. — ¿Qué suceder?

PEDRO. — Estaba enamorando á mi hija.

RUPERTO. — Y que mas quiere usted que todo un padre de la patria.

PEDRO.—Yo le iba á romper los huesos á pesar de todas sus humanidades. (Pedro rezongando se pone á recoger las cartas y diarios que tiró).

UN MUCHACHO—(Desde la puerta del fondo). ¡D. Ruperto Ronquera!

RUPERTO.—Presente!

MUCHACHO—Esta carta para usted. (La entrega y se vá).

RUPERTO.—(Aparte). Seguramente es una cita. Ahora seria indiscreto (Guarda la carta) La leeré despues. Quién me resiste á mí, si soy el microbio del amor? (Alto) Vamos señores, vamos. (Salen por el fondo). — Cae el telon.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

Sala en casa de D. Hermógenes. Decorado pobre, pero revelando un arreglo extraordinario. Algunos floreros con flores. Dos lámparas de kerosene en rinconeras y dos mesitas con candelabros á lo sumo de cinco bujías. En la pared á la izquierda, colgados un fusil con bayoneta y una tercerola y á la derecha dos espaldones de caballería.

ESCENA I

FERMINA (En traje blanco).

FERMINA. — A pesar de toda mi resolución no dejo de abrigar algún temor. Mi padre es tan voluntarioso... tan atropellado. (Pausa). ¿Qué pensará hacer Beltrán? Nada me ha comunicado y esto me tiene intranquila; (con pasión) será tuya ó de ninguno. (Transición). ¡Pobre Alfredo! qué desencanto te reservo á tí que tan generosa y noblemente has querido compartir tu posición elevada y tu porvenir brillante, con esta humilde violeta de los campos. ¡Con cuánto cariño te hubiera recibido en cualquier otro instante! Las deliciosas horas de la infancia jamás se olvidan; pero ¿qué valen todas las reflexiones posibles, ante la espontánea simpatía que une las almas?

ESCENA II

FERMINA y BELTRAN

BELTRAN. — (Entra muy contento). Viva el contento, viva la alegría!

FERMINA. — ¿Qué sucede?

BELTRAN. — Pues es friolera lo que sucede; que no te casarás con Alfredo, que te casarás con tu Beltrancito, que nuestras ilusiones se realizarán, que te tendré en las palmas de las manos.

FERMINA. — ¿De veras? ¡Qué felicidad! Pero, y mi padre... ¿cómo has podido...

BELTRAN. — El consentirá al instante; tengo un medio infalible.

FERMINA. — Dios te oiga.

BELTRAN. — Si supieras qué momentos he pasado de rabia, de desesperacion, hasta de celos.

FERMINA. — ¡Ingrato! Llegaste á dudar de tu Fermina?

BELTRAN. — Perdóname, querida mia, pero aun me mortifica una pícara duda. ¿Por qué me has ocultado que los viejos proyectaban tu casamiento con Alfredo?

FERMINA. — Tontuelo! Lo hice solamntee por evitarte un disgusto y porque de todos modos, no habia de ser. Aunque me llevaran por fuerza al altar, allí diria que nó y asunto concluido.

BELTRAN. — (Con entusiasmo) Fermina de mi vida!

ESCENA III.

DICHOS, NICOSTRATA (Sale por la derecha).

NICOST. — Usted aquí, Beltran? ¿Cómo le va?

BELTRAN. — Bien, señora ¿y usted? ¿Por qué trae ese aire tan triste y melancólico?

NICOST. — ¡Ay! Beltran; usted no puede imaginarse cuanto sufro!
Yo he nacido estrellada! (lloriqueando) me llevan á Fermina!...
mi pobrecita hija.....

BELTRAN. — No, señora, no se la llevan.

FERMINA. — No me llevan.

NICOST. — ¿No? Triste de mi! Esta noche se casa y.....

BELTRAN. — No; si no se casa.

FERMINA. — No me caso.

BELTRAN. — Es decir, sí se casará...

FERMINA. — Me casaré; pero....

NICOST. — ¿Qué están ustedes diciendo?

BELTRAN. — Se lo explicaré, señora. Fermina y yo hace tiempo que nos amamos, y no la he pedido ya, solamente porque, antes de ser marido, queria por lo menos, ser un pichon de capitalista.

NICOST. — De capitalista..... muy bien pensado.

BELTRAN. — Figúrese usted cómo me pondria al saber que querian arrebátármela! Desesperado y ciego llevé á Alfredo á un sitio solitario, y le exigí que inmediatamente renunciara á la mano de Fermina, ó que de lo contrario, sin mas preámbulo, nos romperíamos la crisma.

NICOST. — ¡Qué atrocidad!

BELTRAN. — Apenas me oyó hablarle de ese modo, se arrojó con ímpetu sobre mí, y casi me deshace.... (Movimiento de sobresalto en Nicostrata y Fermina) á caricias; tal fué el gozo que le produjo.

FERMINA. — Nos has asustado.

NICOST. — Nos has asustado.

FERMINA. — ¿Estás contenta, mamita?

NICOST. — Contentísima... Pero, Alfredo....

BELTRAN. — Está perdido por la jóven viajera.

NICOST. — Prefiero que tú seas el esposo de mi Fermina. Ya me

parecía que Alfredo, habiéndose educado en una gran ciudad, había de ser un poco libertino, y sobre todo (besando á Fermina) así, tú no te separarás de mi lado. Pero Hermógenes... que es tan testarudo y que está deslumbrado con el talento de Alfredo, y su título....

BELTRAN.—Oh! De D. Hermógenes yo respondo. Tenemos ya un plan con Alfredo: ustedes, vean lo que vean, no se den por entendidas.

NICOST.—Al fin seré dichosa. (Abraza á Beltran) En mí tendrás una verdadera madre.

BELTRAN.—Y usted en mí, un hijo cariñoso.

FERMINA.—Qué felices vamos á ser! Siempre juntos y complaciéndonos en todos nuestros gustos.

NICOST.—En todos nuestros gustos.

BELTRAN.—¿Y cómo andaré yo de ancho y satisfecho, cuando tengamos un Beltrancito, que meta bulla en toda la casa, gritando: *mamachita, papachito?*

NICOST.—(Remedando) *Mamachita, papachito.*

FERMINA.—Yo estoy pensando en los comentarios y chismografías á que dará lugar en todo el pueblo, este cambio de novio tan inesperado y repentino. Pero ¿qué nos importa?

NICOST.—¿Qué nos importa?

BELTRAN.—Que hablen cuánto quieran: no se eclipsará por eso nuestra luna de miel...

NICOST.—Nuestra luna de miel... digo, la de ustedes.

FERMINA.—Eres fatal, mamá, con tus repeticiones.

ESCENA IV

DICHOS, el DIPUTADO, JOHN y TERESITA, RUPERTO y ADELA, (entran por el fondo en el orden en que están consignados.) Los siguen otros invitados. D. HERMÓGENES y ALFREDO por la izquierda. Despues PEPIITA y VENTURA.

BELTRAN.—Ya están aquí los invitados.

HERMÓG.—Adelante, señores, adelante: tanto gusto. . . .

NICOST.—Tanto gusto.

HERMÓG.—(Dando la mano á los recién llegados). ¡Cómo están las señoritas y el señor John, y el honorable Diputado? (Los aludidos contestan el saludo. Hermógenes y Nicostrata hacen los honores de la casa. Escena de movimiento y naturalidad. Unos se pasean, otros examinan el arreglo de la sala. Pepita, Teresita y otras invitadas besan y felicitan á la novia.)

TERESITA.—(A Fermina). Nos repartirá los azahares de su traje: (Con coqueteria) queremos contagiarnos.

FERMINA.—Con el mayor gusto.

RUPERTO.—(Que ha estado contemplando el fusil y la tercerola). Estas armas parecen contemporáneas de Matusalen: mas fuego dará un mango de escoba.

HERMÓG.—Señores: mientras llega la hora de la ceremonia á divertirse: que se baile, se cante y se haga música.

RUPERTO.—Sí, que se *haga* música, como quien hace un buñuelo.

JOHN.—(A Hermógenes). ¿A qué hora será la matrimonia?

HERMÓG.—A las cuatro de la mañana: usted nos hará el honor de acompañarnos á presenciar el acto?

JOHN.—Ohoo! A mí no gustarme casamienta católica, á mi gustarme casamienta protestante. (Á Teresita) ¿Usted tener inconveniente de casar conmigo por la forma protestante?

TERESITA. — Por muchas partes se va á Roma, Sr. John. No soy una mujer superficial; desprecio las formas: el fondo es lo que me interesa.

JOHN. — Ohoo! mucho gustarme.

RUPERTO. — (Aparte) Con tal de casarse aunque sea á lo japonés.

HERMÓG. — (Al Diputado). ¿Usted nos acompañará?

DIP. — Yo! ¿Cómo quiere usted que vaya con mi presencia en ese acto á contradecir las ideas y las tendencias de mi gran proyecto sobre el matrimonio civil?

JOHN. (A Ruperto). ¿Por qué le llamar matrimonio civil y no legal?

RUPERTO. — Porque es mas civilizado, mas progresista.

DIP. — (Con énfasis). Seria un argumento de que echarian mano mis contendores.

JOHN. — Tener razon.

TERESITA. — Dice muy bien el honorable Diputado.

RUPERTO. — (Al Diputado). ¿De manera que está usted decidido á promover una discusion que haga época en los anales parlamentarios del país?

DIP. — Completamente decidido. (Con tono declamatorio). No saben ustedes cuanto me entusiasmo en tocándose estas cuestiones que afectan tan íntimamente, tan hondamente, el... la... el...

RUPERTO. — El punto...

DIP. — No... la...

JOHN. — La coma...

DIP. — No...

HERMÓG. — El punto y coma.

DIP. — La fuerza generatriz; el cuerpo vivo; el centro palpitante; las vísceras mas..... (atragántandose) la palanca; el tornillo mas estratégico de las agrupaciones humanas.

JOHN. — Bravo! (Todos aplauden).

ADELA. — Es usted muy elocuente.

TERESITA. — Es muy verbi-elocuente.

HERMÓG. — Con toda esta penetracion que tengo, no podria expresarme así.

RUPERTO. — (Al Diputado). Es pasmoso: tiene usted una facilidad facilísima.

DIP. — Me falta un poco de práctica.

JOHN. — ¿Ha leído usted *O.... con el?*

DIP. — ¿Con quién?

JOHN. — Oconell.

DIP. — Ah! No... sí, sí.

JOHN. — Ese ser una orador: él como querer llevar y traer las masas.

VENTURA. — (Aparte) Ya el inglés está con hambre: voy á traerle el mate y los bollitos. (Sale.)

RUPERTO. — (Al Diputado.) Usted hará mucho, mucho; pero es necesario que se acostumbre á improvisar.

DIP. — Ese es mi fuerte.

RUPERTO. — Y además, es indispensable gran desenvoltura, ademanes muy resueltos, una entonacion vibrante y una mirada trágica. Yo habria sido un orador de nota: juzgue usted. Haré de cuenta que estoy en el Congreso, en su puesto, defendiendo el proyecto sobre el matrimonio civil.

TODOS. — Bravo! Bravo!

NICOST. — (Aparte á Beltran.) ¿Para qué es ese matrimonio civil?

BELTRAN. — Es... es para que no se casen los militares y extinguir la raza.

HERMÓG. — Sobre este banco lo harás mas á lo vivo.

RUPERTO. — (Sube al banco). Atencion! (Todos se acercan formando semi-círculo). Pido la palabra! Señor Presidente: Este proyecto que he tenido el honor... (Al Auditorio) Abranse un poco, para que pueda dar juego á la mirada. (Todos se alejan un poco).

HERMÓG. — Adelante, adelante.

RUPERTO.—(Se compone el pecho). Señores! Este proyecto, es un proyecto... proyectado por mí, para resolver en el tiempo y en el espacio... todas las proyecciones... Hagan el favor de un poco de agua. (Le traen y toma). Este proyecto, es mas que un proyecto; es un proyectil. Señores: el matrimonio civil, es el menos incivil de todos los matrimonios; es el problema mas sustancioso, digo, sustancial, en la lucha por la existencia y en la organizacion orgánica del organismo sociológico del porvenir....

TODOS.—Muy bien! muy bien!

RUPERTO.—Sí, señores! La vinculacion legal es el gran desideratum, es la piedra de toque, la piedra filosofal, la piedra angular, la piedra....

HERMÓG.—Todas las piedras conocidas.

RUPERTO.—El cimientó granítico del antropologismó científico!

TODOS.—Bravo! bravo!

RUPERTO.—(Muy exaltado). Es la causa generatriz, es la... la locomotora del evolucionismo social que ha de llevarnos á la perfeccion.... (Con el entusiasmo se ha ido acercando poco á poco á un extremo del banco y al pronunciar la palabra «perfeccion» pierde el equilibrio y cae).

BELTRAN.—A la perfeccion de los porrazos.

Ventura que ha dado un mate á John, como éste chupa sin resultado, lo chupa ella para destaparlo y vuelve á dárselo. John, creyendo haber hecho mal al principio, en vez de chupar, sopla con fuerza, derrama el contenido, salpica á los que tiene cerca, se quema la manos y suelta el mate. Este incidente debe coincidir con la caída de don Ruperto, produciendo la hilaridad consiguiente.

JOHN.—Mi no entender este maquinidura.

TERESITA.—(Con mimo). Yo te enseñaré á tomar mate, Johncito.

VENTURA.—(Aparte). El bárbaro del inglés me ha rajado el mate!.

(Lo recoge).

HERMÓG.—(A Ruperto). ¿Te has lastimado?

RUPERTO.—No ha sido nada: la espina dorsal solamente. Pero ¿qué tal soy para mover la sin hueso?

HERMÓG.—No te creía tan diestro.

PEPITA.—(Que se habrá acercado al Diputado.) Usted nunca se suba sobre los bancos cuando tenga que echar discursos.

DIP.—(Aparte.) Pobrecita, se ha enamorado de mí! (Alto.) Yo hablaré desde la tribuna.

JOHN.—(Al Diputado y á Ruperto.) Ohoo! Los dos ser muy buenas oradores: á cualquiera de ustedes yo le confiaria la *defensadura* de mi *estipendio* proyecto.

TERESITA.—Estupendo, se dice, Johncito.

RUPERTO.—(A Teresita.) Pero que gata... que gatatumbosa está usted ahora.

TERESITA.—(Aparte.) Me ataca todo el sistema este hombre.

DIP.—(A John.) Aun no nos ha dicho usted cual es ese proyecto tan colosal.

JOHN.—Mi querer hacer una ferro-carril eléctrica desde Buenos Aires á la Montevidea por debajo de la cama de la Ria de la Plata.

RUPERTO.—

DIP.—

} Ja! ja! ja!

HERMÓG.—Por seiscientos mil Bacantes, que está gracioso el proyecto del inglés.

RUPERTO.—(Aparte.) La jamona le ha hecho perder la chabeta!

JOHN.—Ohoo! Mi saldrá con la mia.

HERMÓG.—Ahora si les parece pueden dar unas vueltitas....

JOHN.—Mi querer ver bailar la *zamba-chueca*.

TERESITA.—Zama-cueca, Johncito.

BELTRAN.—(Aparte.) Lo que tienes *chueca* tú es la lengua.

NICOST.—Es muy fácil complacer al señor John. Baila tú la *zama-cueca*, Telésfora.

HERMÓG.—Y que Andrés la acompañe.

MÚSICA

(Los dos aludidos bailan en el centro del escenario, rodeados por los demás quienes llevan el compás de la última parte con palmoteos.)

JOHN. — Mucho gustarme este baile.

HERMÓG. — Te ha llegado el turno, Ruperto: á ver, á ver, cántanos alguna cosa.

RUPERTO. — Con mucho gusto. Venga la guitarra. (Se la traen y se sienta). Voy á cantarles unas coplas que ninguno que esté por ahorcarse..... con la soga matrimonial, debe echar en saco roto.

Ruperto simula tocar la guitarra y canta:

El matrimonio es un pozo
cuyo fondo no se vé,
y no sabe lo que hace
quien ciego se tira en él.

A tu mujer con primos,
y esto es muy primordial,
no dejes nunca, y menos
con un primo carnal;
no hay primo que la *prima*
no sepa bien tocar,
que son muy primorosos
en eso de primar;
se llevan las primicias
en el primer compás:
si dos primos se juntan
¡qué primores no harán!

JOHN. — Ohoo! Bravo!

HERMÓG. — Está picantita la copia.

RUPERTO. — Sí señores, es necesario abrir el ojo con los primos, sobre todo en la primavera.

(Canta)

El matrimonio es un pozo, etc.

Cada mujer ha sido,
es y siempre ha de ser,
un problema algebraico
arduo de resolver,

Al casarse unos hallan
un tesoro ¡oh placer!
y otros quedan atados
por siempre á Lucifer:
si quieres ser dichoso
filósofo has de ser:
despéjale la X,
prontito á tu mujer.

(Los circunstantes aplauden).

HERMÓG. — Ya es la hora de la ceremonia: los que no quieran ir á la iglesia, pueden pasar al comedor á tomar algo. (Indica la puerta de la izquierda).

ADELA. — (Aparte.) ¿Cómo va á terminar esto? Empiezo á temer. . .

(El Diputado da el brazo á Adela y John á Teresita y se dirijen al comedor. Los siguen alguno otros invitados y Beltran).

NICOST. — (Aparte.) Pero que espera Beltran. . . ese muchacho. . . Ah! si yo he nacido estrellada!

HERMÓG. — (A Fermina y Nicostrata.) Arréglense que nos vamos.

NICOST. — (A Fermina.) Ven, hija mia. (Se van por la derecha Nicostrata, Fermina, Ventura, Pepita y Alfredo.)

ESCENA V

RUPERTO, HERMÓGENES y BELTRAN

RUPERTO. — (Aparte.) Me tiene con curiosidad esta carta: aprovecharé la ocasión para leerla. (Saca la carta del bolsillo.)

HERMÓG. — (A Ruperto.) ¿No vienes á tomar algo?

RUPERTO. — No tengo ganas. (Aparte.) Si será de la vieja Nicotrata que sintiéndose todavía con bríos. . . (Hermógenes va á entrar al comedor y Beltran le dá un golpe en el hombro.)

BELTRAN. — Deténgase, desgraciado!

HERMÓG. — Socorro!

BELTRAN. — Soy yo, hombre!

HERMÓG. — Ja, ja! Como no traia mi sable, me. . . sorprendí, dígame conmoví un poquito. . . .

RUPERTO. — (Consigo mismo.) Pues no estoy emocionado ante esta cita de amor. . . , con canas? Ruperto! Rupertito! (Abre la carta y lee dando muestras de gran sorpresa.)

HERMÓG. — (A Beltran.) ¿De qué se trata?

BELTRAN. — Se trata de usted, de D^a Mónica, de Alfredo, de Fermína y de su seguro servidor.

HERMÓG. — Por setecientos mil. . . ¿qué embolismo es ese? Habla, pronto.

BELTRAN. — Alfredo no es hijo de D. Ruperto, aun cuando lo es de su mujer.

HERMÓG. — ¿De mi mujer?

BELTRAN. — De la de él, y lo demás lo comprenderá usted que no es mala pieza.

HERMÓG. — Cállate, por setecientos. . . ¿Cómo sabes?

BELTRAN. — Lea usted esa carta de que por error me he informado. (Se acerca al otro extremo de la escena y lee con asombro.)

¡El diálogo que precede entre Hermógenes y Beltran, debe ser á media voz y rápido.)

RUPERTO. — (En el otro extremo de la escena). (Aparte). ¡No hay duda! ¡Qué conflicto es este? (Lee en voz alta.) «Ruperto: La fatalidad me obliga á revelarte este secreto: ¡Fermina es tu hija! Evita su matrimonio con Alfredo.—*Nicostrata.*» (Añadido). ¡Son hermanos!!

HERMÓGENES. — (Leyendo). «Hermógenes: Estoy gravemente enferma y no quiero llevar á la tumba este secreto: Alfredo es tu hijo: vela por él.—*Mónica.*» ¡Horror! ¡Son hermanos! (Da un pisotón). ¡Por ochocientas mil Bacantes! Es necesario impedir...

RUPERTO. — No es posible que mi hija se case con mi hijo!

HERMÓG. — (Al mismo tiempo.) ¡No es posible que mi hijo se case con mi hija!

(Al terminar la frase se encuentran en medio de la escena).

RUPERTO. — ¡Hermógenes!

HERMÓG. — ¡Ruperto!

RUPERTO. — ¿Qué has dicho? ¡Tú osarias! ...

HERMÓG. — ¡A tí te lo he oído claramente!

RUPERTO. — Has sido tú.

HERMÓG. — Tú has sido.

ESCENA VI

DICHOS, VENTURA, PEPITA, NICOSTRATA, ALFREDO, FERMINA,
que salen en confusion del cuarto de Fermina.

VENTURA. — ¡Qué atrevimiento!

PEPITA. — Dejar á la novia plantada!

VENTURA. — Yo me habria muerto de vergüenza.

RUPERTO. — ¿Qué sucede?

HERMÓG. — ¿Qué ha pasado?

ESCENA VII

TODOS. Salen del comedor, ADELA, TERESITA, JOHN y el DIPUTADO

JOHN. — ¿Qué hay?

DIP. — ¿Qué ocurre?

HERMÓG. — (Dando un pisoton) Por ochocientas mil, explíquense de una vez.

ALFREDO. — Es muy sencillo: Fermina y yo no nos queremos, y por lo tanto se deshace la boda.

HERMÓG. —

RUPERTO. — { (Con alegría) Ven á mis brazos! (A un tiempo abrazan á Alfredo)

DIP. — Pues es cachaza!

VENTURA. — Vaya unos padres ejemplares.

PEPITA. — ¡Y qué fresca se queda la Fermina!

JOHN. — Es original.

ALFREDO. — Yo quiero casarme con Adela.

HERMÓG. — Cómo se entiende; con tu hermana?

DIP. —

JOHN. — } ¿Con su hermana!

HERMÓG. — Hoy me digiste que era tu hermana.

RUPERTO. — (Aparte) Si Adela será también mi hija sin que yo lo sepa?

ALFREDO. —

ADELA. — } Nosotros no somos hermanos.

HERMÓG. — (A Alfredo) Ah! bribon! con que me engañaste, te burlas de mí! Yo te compondré (Le amenaza).

RUPERTO. — Cuidadito con amenazar á mi hijo!

HERMÓG. — (Muy enojado) Que hijo ni que berengenas! Basta de far-sas: Alfredo no es tu hijo.

ADELA. — (Aparte) Qué vã á suceder aquí?

NICOST. — (Aparte) Qué angustia!

RUPERTO. — (A Hermógenes, con sorna) Tú has de ser su padre. -

HERMÓG. — (Con altanería) Yo, sí, yo! ¿Qué hay con eso?

RUPERTO. — ¿Tú? ¡já! ¡já! Ni siquiera lo eres de Fermina.

ALFREDO. — ¿Qué confusión esta?

HERMÓG. — ¿De Fermina! Qué dices, libertino!

ALFREDO. — (Exaltado) Pero quien es mi padre al fin? esto no puede continuar así.

RUPERTO. — Papelitos cantan.

HERMÓG. — Sí, sí. (Se dan las cartas y se leen rápidamente)

BELTRAN. — (Aparte) Se ha armado la gorda; ¿cómo evitar este escándalo?

HERMÓG. — {

RUPERTO. — } Mi mujer!

HERMÓG. — Miserable!

RUPERTO. — Canalla!

HERMÓG. — Vil seductor!

NICOST. — Ay! ay! yo no sé que me dá. (Se desvanece y algunos van a socorrerla)

RUPERTO. — Has manchado mi honor.

HERMÓG. — Esto necesita una reparación.

RUPERTO. — Horrenda, espantosa!

JOHN. — Señores, calma!

DIP. — Por Dios, Señores!

HERMÓG. — A sable!

RUPERTO. — A cañon!

(Hermógenes descuelga un tremendo sable de caballería, Ruperto el fusil, y se embisten; corren á detenerlos.)

HERMÓG. — Quiero beberme tu sangre!

RUPERTO. — Quiero masticar tus entrañas!

Unas mujeres chillan por un lado, otras por otro; confusión grande.

BELTRAN. — (Aparte.) Qué idea! Sí, fácilmente los engañaré y conseguiré mi objeto!

UNAS. — Socorro!

OTRAS. — Se matan, se matan!

BELTRAN. — Alto, señores, alto: abajo las armas! Si ustedes me conceden lo que pida, les explicaré lo que pasa.

HERMÓG. } Concedido!
RUPERTO. }

BELTRAN. — Las señoritas Adela y Teresita van á Buenos Aires, á recoger una herencia.

DIP. — (Aparte.) No ha hecho mala pesca el inglés.

BELTRAN. — (A D. Hermógenes.) Fermina es hija de usted y si don Ruperto quiere saber los hijos que tiene, debe preguntárselo á su mujer.

RUPERTO. — Pero ¿y estas cartas?

HERMÓG. — Sí, estas cartas, por ochocientas mil....

BELTRAN. — Son apócrifas: yo las escribí para desbaratar la boda de Alfredo y Fermina, á quien adoro y pido en matrimonio.

HERMÓG. — (Amenazando á Beltran con el sable y dando un pisoton). Por novecientas mil. . . tunante!

RUPERTO. — Echa el millon, hombre, y harás suma redonda. Un abrazo, amigo. (Se abrazan):

HERMÓG. — Por poco te hago añicos con mi sable de caballeria.

RUPERTO. — Y yo casi te ensarto como un riñon á la maitre d'hôtel.

HERMÓG. — (A Fermina). Y tú, lo quieres?

FERMINA. — Sí, tatita.

HERMÓG. — (A Fermina y Beltran). Sed felices!

NICOST. — (Suspirando) Sed felices!

JOHN. — Los candidatos de última hora siempre se llevar las presas.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y PEDRO

PEDRO.—(Desde la puerta). Señores viajeros: va á partir la galera.

RUPERTO.—Hombre! que pronto se ha pasado el tiempo. Pues á continuar el traqueteo.

JOHN.—Ohoo! Yo llevar muy gratas recuerdos de esta noche.

TERESITA.—Para mí será inolvidable.

HERMÓG.—Para mí lo mismo.

RUPERTO.—(A Hermógenes). Hemos pasado una noche llena de sorpresas, de conflictos, de angustias y tambien de alegrías: la miel y el acibar mezclados como en todas las cosas de la vida. Por fin, todo ha concluido bien. Fermina será feliz: ese muchacho es bueno: te lo digo como hombre de tacto.

HERMÓG.—(Abrazándolo). Quién sabe si nos volveremos á ver.

RUPERTO.—Ya lo creo que nos hemos de ver: yo no pienso morirme hasta caerme á pedazos de viejo.

Todos somos viajeros
En esta vida
Que seguimos á ciegas
Senda escondida:
Mientras marchamos
Si no faltan desdichas,
Tambien gozamos!

Cae el Telon.

FIN

